

El año 2007 marca el 200 aniversario del Acta de Abolición de la Trata Esclavista Transatlántica en los territorios bajo control británico. Con ello se daba el primer paso para eliminar un tráfico humano que duró casi cuatro siglos y suministró la mano de obra necesaria al tipo de economía que, basada en el trabajo esclavo, se implementara en las Américas y el Caribe. Muy distante estaría todavía no sólo la abolición total del tráfico, sino también de la esclavitud, cuyos últimos reductos sobrevivieron en Cuba y Brasil hasta 1886 y 1888 respectivamente.



En consecuencia, *ISLAS* quiere sumarse a las múltiples conmemoraciones que con ese motivo se han venido efectuando en diversas partes del mundo. Por tanto, hemos publicado trabajos que desde muy diversos ángulos abordan estos fenómenos y sus repercusiones históricas y contemporáneas, presentes en los tres continentes involucrados en el proceso. Muchos de estos escritos remiten al lector a los horrores del comercio esclavista, sus causas y modalidades, así como a las concepciones filosóficas con las que se trataba de sustentarlo y justificarlo. Como ha señalado Dinizulu Gene Tinnie en su ensayo “200 aniversario de la abolición de la trata,” es hora de reflexionar sobre unos acontecimientos cuyas complejas y diversas consecuencias llegan hasta nuestros días.

En ese sentido, con su trabajo “Cuba: Paradojas siniestras,” José Hugo Fernández toma como base el caso de Cuba para poner en claro que el decreto británico no significó el fin del tráfico humano, mucho menos de la esclavitud. Su promulgación en momentos en que la Isla experimentaba un potente y vertiginoso desarrollo de la economía de plantación azucarera, hizo que los esclavistas cubanos se las ingeniaran para continuar con la importación de mano de obra esclava, como ocurrió en otras partes. El tratado que Gran Bretaña impuso a España fue violado entonces a través de un lucrativo comercio ilegal, en contubernio con las autoridades de la Isla y de Madrid. La impunidad llegó a tal punto que fue el periodo en el cual se introdujo la mayor cantidad de africanos en toda la historia de Cuba. Como es de suponer, con los riesgos que implicaba la ilegalidad arreciaron las condiciones infrahumanas del tráfico, multiplicándose las víctimas de la travesía del Atlántico.

Por su parte, Sowande’Mustakeem refiere la falta de coincidencia entre los estudiosos sobre el número exacto de individuos capturados en África, particularmente los introducidos en las Américas y el Caribe. El autor enfatiza, además, la necesidad de estudiar las repercusiones. Con ese propósito ofrece una sucinta valoración de las

consecuencias demográficas, económicas, sociales y culturales que se derivaron de esos hechos. Este enfoque reviste particular importancia, por cuanto se trata de realidades actuales, de algo vivo que puede palpase en cada uno de los países que fueron escenario de la esclavitud africana, en los que no sólo es ostensible su huella, sino donde siguen arrastrando y enfrentando problemas surgidos varios siglos atrás. Por otra parte, como bien señala Mustakeem, de ello se deriva una contribución al rescate de la memoria histórica. Precisamente, esta idea entronca con el proyecto de La Ruta del Esclavo, auspiciado por la UNESCO. Según el proyecto, el tema presenta varias aristas a abordar –entre ellas el estudio de la trata esclavista y sus horrores–, pero a su vez concede gran importancia a desentrañar los resultados de las interacciones forzadas entre Europa, África, las Américas y el Caribe. En ese contexto, el racismo que todavía hoy hace estragos en los países multirraciales debe ocupar un lugar de primer orden.

En esta misma línea de análisis, Rebecca Shumway ofrece una valoración de los intereses económicos detrás de la abolición de la trata y la esclavitud. Al mismo tiempo enfatiza la condición a que fue sometido desde entonces el continente africano, explotado ahora en su propia tierra como suministrador de las materias requeridas por las potencias coloniales europeas, y sobre los trastornos económicos, políticos y sociales que heredó del comercio esclavista. La sección dedicada a estos acontecimientos cierra con el trabajo de Christine Ayorinde, una valoración de las conmemoraciones que con ese motivo se han celebrado en Gran Bretaña y otros países.

Como observará el lector, en varios de los trabajos mencionados existen diversos puntos de coincidencia. Entre ellos puede resaltarse el hecho de que la abolición de la trata y de la esclavitud resultó de un largo proceso, precedido por un amplio movimiento abolicionista que enarbó criterios humanistas, religiosos, éticos y morales. Sin embargo, el golpe definitivo provino de los nuevos intereses del capitalismo industrial europeo.

De igual modo, en este número se tocan temas que a menudo han tratado de silenciarse. Se trata del papel desempeñado por los esclavizados. La resistencia que mostraron desde el momento mismo de su captura en África, la travesía en los barcos y luego su estancia en las plantaciones a donde se les confinaba en las Américas y el Caribe, los convirtió en los primeros abolicionistas de ese régimen. Debe recordarse que la Revolución de Haití, protagonizada por los propios esclavos, convirtió a la parte francesa de la Isla de Santo Domingo en el primer territorio libre de esa institución, aun antes del Acta de Abolición británica. Son innumerables los actos de resistencia que registra la historia y la extrema violencia con que se reprimía a sus protagonistas. Entre ellos quisiéramos señalar la rebelión encabezada por Nat Turner en Virginia, en 1831, a la que Jorge Camacho dedica su breve ensayo “Nat Turner y Sab.” El autor se refiere en este último caso al personaje de la novela antiesclavista de Gertrudis Gómez de Avellaneda. La sublevación de Turner tuvo tal trascendencia que llegó a estremecer los cimientos del sistema esclavista en el sur de los Estados Unidos.

Tal y como nos propusimos al iniciar la publicación de ISLAS, continuamos ampliando el espectro geográfico de los estudios sobre la diáspora africana. En este

caso se trata de un ensayo de carácter histórico sobre la presencia africana en Argentina. Su autora, Erika Denise Edwards, aborda la forma en que los africanos y sus descendientes enfrentaron el sistema discriminatorio que les impuso una sociedad predominantemente blanca, ya fuera para asimilarse a la cultura europea, ya fuera para mantener las raíces africanas y la fraternidad entre los que no optaron por la asimilación. No pocas veces, Erika establece interesantes comparaciones con la situación cubana.

En la sección de Arte y Literatura, el trabajo escrito por Francisco Morán ofrece una recontextualización de la turbulenta vida del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). Su ejecución en 1844, debido a su supuesta participación en la llamada “Conspiración de la Escalera”, nos remite nuevamente a los temas que presiden este número. Es una muestra más de la política represiva a que se veían sometidos los negros cubanos -no sólo los esclavos, sino también los “libres de color”- casi cuarenta años después del decreto británico. En esta misma sección aparece un novedoso trabajo de Jorge Núñez sobre la primera etapa artística del pintor Wilfredo Lam, un mulato cubano hijo de chino y negra. Núñez aborda la influencia del surrealismo en el artista, y su propia contribución a este movimiento, a través del análisis de las ilustraciones que realizó para Fata Morgana, el cuento fantástico de André Breton.

Cabe destacar los trabajos dedicados a la problemática racial en la Cuba contemporánea. Son ellos “El color invisible”, de Juan González Febles, y “Racismo en blanco y negro,” de Víctor M. Domínguez. Ambos brindan nuevos testimonios en torno a la falta de representatividad de la población negra en numerosos sectores e instituciones, incluyendo unos medios de comunicación que, por añadidura, siguen ofreciendo imágenes estereotipadas y negativas del negro.

En ese sentido, quisiéramos hacer una breve reflexión. Con su octavo número, *ISLAS* arriba a su segundo aniversario. Nos estimula el cumplimiento de los objetivos iniciales, particularmente por el incremento de la participación de los escritores y periodistas negros cubanos. También, es de gran valor para nosotros la favorable recepción alcanzada por la revista entre los que han podido acceder a ella, como se muestra en la Carta al Editor que publicamos. Ahora bien, exhortamos a nuestros colaboradores, donde quiera que estén, a que centren sus trabajos no sólo en la descripción de manifestaciones concretas de racismo en la actualidad, por muy lamentables que sean, sino en las formas en que estos problemas pueden y tienen que enfrentarse. Las vías pacíficas de solución –a adoptarse pensando no sólo en el presente, sino también en un futuro inmediato– deben trazarse desde el protagonismo de aquellos que todavía sufren la ideología del racismo. Nos preguntamos qué hacer ante la aseveración de Víctor M. Domínguez: los cubanos entran “al siglo XXI con más penas que glorias en la igualdad racial”.

Juan Antonio Alvarado Ramos
Editor Jefe